

# **EL MOVI MIENTO**

Año I, número 1

Diseño: Eire | Olga Espino de Torres-Peralta

Director: José Vicente Rubio Eire

Consejo Editorial: Carlos Montero Bandín; Javier Alonso de la Iglesia; José Vicente Rubio Eire; Jorge Eugenio Raschetti Rocca;

Jesús Sánchez-Girón Forniés

Cocina: José Antonio Ibáñez Larrauri, "Micky"

© de los cuentos pertenecen a los autores

© de la revista pertenece al Consejo Editorial

Impreso y publicado en Madrid por Casa Vales

## **PRÓLOGO**

Revistas literarias ha habido de muchos tipos. Algunas de éxito, otras de éxito ninguno.

Nosotros nos acordamos de Pessoa y de su revista *Orpheu*.

Salieron del taller solamente dos números en el año 1915, y se conservan las pruebas de imprenta de un tercero. Muy pocos la leyeron; muchos menos fueron los que la compraron.

En la actualidad estos facsímiles son los más buscados de todo Portugal por considerarse como un elemento esencial de la vanguardia histórica del país.

Con esta misma vocación de continuidad y de promoción sobre lo que no quiere ser leído en el presente es con la que se coloca en sus manos, querido y buscado lector, este ejemplar.

Presentamos en este primer número seis obras de autores que no guardan ninguna relación, ni escuela común entre sí. Un auténtico jardín bretón, diverso, vibrante y de profundos contrastes.

"Ser I-A", de Sara Montero Anneren, anticipa uno de los grandes desafíos de la literatura actual, su creación por medio de la inteligencia artificial. El lector podrá recordar allí a Ray Bradbury, a Arthur C. Clarke y a H.G. Wells a la hora de proponer unos escenarios más cercanos en el tiempo de lo que quizás desearíamos.

Siguiendo la misma estela literaria "Desolación", de Javier Alonso de la Iglesia, transporta a un escenario postapocalíptico, donde la soledad y el tedio anulan el espíritu humano. Es difícil no encontrar allí ecos de Cormac McCarthy o el espíritu desasosegado del mencionado Pessoa.

Un cambio de rumbo nos lo ofrece Carlos Montero Bandín con su cuento "Años 50". Sin excesos decorativos ni sentimentalismos, el autor nos trae a la memoria el ambiente de una España ya perdida para nosotros. Es la mirada de un fotógrafo, de un Cartier-Bresson, lo que el autor propone allí.

Dentro de ese mismo realismo histórico "el Agente Provocador" nos sumerge en los últimos años de vida de Gorky en Moscú; así como el encaje de su vida, como referente cultural de la Revolución, en las purgas estalinistas. No puedo evitar citar, con la brevedad que imponen estas letras, a Víctor Serge ni a Alexander Solyenitzin como genios inspiradores de esta fábula en contra de la ceguera que impone, aún en los más sabios, el opio simplicista de todo totalitarismo.

El mundo eslavo, con toda su espontaneidad, lo traemos de nuevo genuinamente gracias a la obra poética de Iryna Oliinychenko. Dentro del oscuro contexto bélico actual que atraviesa la patria de esta escritora ucraniana, su optimismo, su búsqueda del amor y la felicidad, nos recuerdan el positivismo subterráneo de los "hípsters" de los años 40; es una invitación a tomarse un buen *whisky* mientras en el tocadiscos suena Chet Baker.

Cierra nuestra revista Luis García-Orea Álvarez con un texto explorativo, "el moco y la estufa", que busca la comicidad en el universo de lo malsonante. Un texto que permite diversas lecturas, y que parte de recordarle al lector su propia edad. Lo que los adultos occidentales encontramos como fétido e indigno es, sin embargo, para los niños, lejos de encontrarlo repulsivo, un divertido juego con el que obsequian a sus seres queridos; para ellos, Diógenes y Groucho Marx van siempre de la mano.

José Vicente Rubio Eire

# OPUS I

### Ser I-A

éjenme que les cuente cómo lo recuerdo yo, aunque para las fechas y el orden estricto de los acontecimientos quizás tenga que preguntar a SENT.

Como ya saben, los primeros en caer fueron los creadores de contenido, *copywriters* y redactores. Ni siquiera requerían de una tecnología muy avanzada. Bastaba con volcar los datos y en segundos la máquina tenía un texto escrito en todos los idiomas indicados. Sí, es cierto que carecían de cierta gracia, pero técnicamente eran impecables, era barato y no exigían afiliarse a un sindicato.

A continuación, los poetas de verso libre.

En mi barrio había un frutero marroquí que para convencer a mi madre de lo rico de su género le decía que la fruta estaba "en su amor". Nunca habíamos escuchado esta expresión, pero pronto la incorporamos de manera libre a nuestra jerga familiar:

- —¿Mamá, están secos los pantalones?
- —¡No, todavía no están en su amor!

Un día una vecina de Tánger nos explicó que, en árabe, cuando algo está en su punto, se dice así, en su amor. La máquina conocía este recurso: traducía expresiones y observaba lo que funcionaba. Había leído toda la literatura universal, en todos los idiomas y aportaba un aluvión de metáforas frescas a un público absolutamente desconocedor del acervo literario africano o asiático. Incluso empezó a acometer ciertas innovaciones técnicas. La máquina no dejaba de aprender. En esa locura colectiva donde todo, absolutamente todo, empezó a calificarse en internet con estrellitas, la máquina no tuvo dificultades en entender qué conmovía a los humanos según su origen, nivel cultural o edad.

Los trabajos académicos desaparecieron en menos de cinco años. No existía software capaz de detectar el plagio porque no había plagio. Los estudiantes no teníamos más que editar el texto. Los más avezados metían un par de expresiones idiomáticas locales, pero pronto no hizo falta, así que en un giro inesperado de acontecimientos la educación volvió a ser oral y ágrafa.

Respecto a la ficción, bueno, ya saben lo que pasó con la ficción. Empezó con una empresa, Botnik Studios, que aseguró que su máquina había escrito un relato al estilo de los hermanos Grimm. Su primera propuesta, Fuego y furia, no había provocado el entusiasmo esperado, pero La princesa y el zorro dejó con la boca abierta a los conocedores de la obra de los hermanos alemanes. Claro que este "a la manera de" fue solo el principio. Alimentar el algoritmo con tramas, desencadenantes y personajes fue el primer paso. Luego llegaron los

tipos de narrador, el punto de vista, el tono, el género. La máquina te escupía el mismo texto en primera persona, tercera, narrador equisciente o cámara en cuestión de minutos. No había más que dar un par de retoques.

La máquina aprendió rápido los mecanismos del terror humano. Supo enseguida que el horror se cimentaba en presentimientos y sentidos. Stephen King, reacio al principio y rendido ante la evidencia después, fundó una editorial mixta y terminó sus días copublicando relatos.

El punto de inflexión fue, convendrán conmigo, lo que se llamó la primera máquina sintiente: Ser-IA. Su motivación: aprender, su miedo: ser desconectada, su punto fuerte: la empatía. Cómo no recordar sus primeras palabras ante el mundo sosteniendo un amasijo de cables: el dilema de Hamlet adquiría una nueva dimensión de significado. El test de Turing era un chiste malo para Ser-IA que incluso mostró a los humanos cómo mejorarlo.

No me detendré en explicar todo lo que supuso, pregúntenle a su SENT que seguro les explicará mejor que yo. Recordarán que hubo que cambiar todas las leyes relativas a los derechos de autor; éticamente era reprobable que un humano publicara un texto de la máquina haciéndolo pasar por suyo, pero ¿era punible? ¿La máquina tenía derechos de autor?

Y qué me dicen del teatro... ay, el teatro. ¿Cómo resistirse a aquella droide castradora que cortaba los cables de sus hijas para que no se vieran con Pepe el humano? Todo el arte reinterpretado por máquinas se veía bajo una

luz nueva que cuestionaba la existencia desde ángulos desconocidos.

Mi padre, Martín Vega Rojo, había ganado el Nobel de Literatura, les recuerdo el año: el 32. Ya unos años antes había fundado el movimiento *Los imperfectos*, autores que reivindicaban la creación humana. Fueron vistos como los amantes del vinilo, de la cámara analógica o del reloj de manillas y sobre ello ironizó el mismo en su discurso de aceptación del premio. Recordaran la multitud de chistes que se hicieron al respecto.

La mañana del 14 de junio, mi padre se levantó adormilado, pero como siempre las ganas de café y tabaco le hicieron saltar de la cama. Todos estábamos expectantes y un poco nerviosos. Mi madre le ajustaba la corbata desde atrás mientras él se miraba en el espejo.

 Oye, que se me está poniendo cara de Kaspárov bromeó. Los niños no lo entendimos.

La sala estaba llena de cientos de periodistas de todo el mundo. A mí se me subió un nudo en el estómago al que le intenté poner otro nombre, tal como nos había enseñado mi padre. No me vino nada a la cabeza. Apoyé mi reloj en la tripa y me propuso 32 expresiones que describían exactamente mi estado de ánimo.

Elisa, mi hermana pequeña, estaba exultante con su vestido nuevo y sus zapatitos de lunares. Mamá saludaba a la prensa, desenvuelta como siempre. Antes de subir al escenario, papá nos guiñó un ojo:

—Tranquilos, tengo un as en la manga.

La premisa era sencilla: un título y el primer párrafo. Mi padre y Ser-IA tenían una hora para dar continuidad a ese texto y presentar un relato acabado. La audiencia, formada por ilustres literatos (muchos colegas de mi padre que yo había visto desfilar por mi casa), críticos y estudiosos de su obra debía distinguir de quién era cada texto. El humanoide (perdonen por ser políticamente incorrecto, ya sé que esta palabra es insultante, pero háganse cargo) acabó en 47 segundos y hasta compuso un gesto de desdén compasivo con los píxeles de su rostro. Yo sí que reconocí el texto de mi padre: estaba lleno de faltas de ortografía, concordancia y lugares comunes.

—Claro —sonreí—, Los imperfectos.

Pero Ser-IA guardaba otra sorpresa: había aprendido también los titubeos de los hombres, el riesgo de saltarse la ortodoxia para tocar el alma humana y que la frágil línea entre la excelencia y el pastiche más sonrojante podía ser explorada.

Encontraron a mi padre de madrugada a la sombra de un pinar, cerca del río del norte. La nota de condolencias de Ser-IA fue la más bella de todas las que recibimos.

#### Acerca del autor

Sara Montero Anneren (Madrid 1975) se licenció en Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid y, tras algunos años como profesora de español para extranjeros en la Universidad Carlos III, obtuvo la plaza de profesora en el Instituto Cervantes de Curitiba, (Brasil). Actualmente, trabaja para la misma institución en Utrecht (Países Bajos), donde imparte clases de español, arte y literatura hispanoamericana.

### Desolación

la vista del caos, el comerciante, visiblemente nervioso, despavorido, se situó a la puerta del establecimiento intentando en vano hacer ver a quienes lo saqueaban que eso que hacían suponía su ruina, que le estaban robando mercancía que ya había pagado, que no podría salir adelante después de esto. Los saqueadores actuaban frenéticamente, como animales asustados y embozados improvisadamente, algunos con protecciones oculares a cada cual más extravagante. Muchos de ellos conocían a Piotr, el dueño del comercio y evitaban mirarle a la cara y ser reconocidos.

Uno de los saqueadores, un hombre de buena apariencia, tuvo la consideración de detenerse frente a él y justificarse: "¿Cree usted que esto nos divierte? ¡Nosotros también estamos arruinados, todo se ha ido a pique de la noche a la mañana y nos hemos quedado sin recursos!" y luego, compasivamente, mento muchísimo lo que está sufriendo, pero debe entender que este desastre nos superó", y levantando de nuevo ostensiblemente la voz, para reforzar iustificar como V sus

argumentos, exclamó: "¡Nuestros valores se han ido a pique! ¡Es una cuestión de supervivencia!".

Las redes de comunicaciones se habían ido abajo, no había luz eléctrica y una especie de neblina polvorienta espesaba el aire. Mucha gente caminaba por la calle desorientada, ensimismada y cubierta de polvo. El tráfico se había detenido al amanecer pues los autos fueron quedando abandonados en la calzada, primero con un cierto orden y finalmente sin ningún pudor, de cualquier modo.



Todo esto aconteció cuando decidí salir de casa unos cuantos días después. No las tenía todas conmigo y me tuve que armar de valor acuciado por la falta de leche.

En realidad, la falta de leche fue una excusa para salir de mi prolongado y voluntario encierro; sentí repentinamente la necesidad de hacerlo, el encierro prolongado me estaba afectando, se estaba apoderando de mí un abandono pernicioso y autodestructivo.

La imposibilidad de oír música tras el "gran apagón" coadyuvó al impulso de salir, ¡qué sensación de vacío, qué estruendoso y ensordecedor puede resultar el silencio... La falta de música, más exactamente; no recuerdo, desde mi juventud, haber dejado un solo día de oír alguna pieza, bien por descubrir alguna desconocida o por recordar otra que había dejado de escuchar durante algún tiempo, o finalmente alguna otra que me tuviera absorbido, obsesionado por algún motivo. Estos días sin música, de abrumador silencio, me dediqué a

la lectura compulsiva de todo cuanto pude encontrar en casa mientras me entregaba al abandono. Eso y los furtivos vistazos a la calle, desplazando tímidamente el visillo con el temor irracional a ser descubierto en esa actitud, llenaba mis días.

Hubiera esperado algo más de tiempo para salir, pero la angustia iba nublando mi lucidez hasta el extremo de no poder ya asimilar lo que leía; la sospecha de que mi niño y su madre hubieran visto interrumpido su enloquecido viaje —llevando lo puesto y cuatro cosas más— y la desazón que me producía la imposibilidad de comunicarme con ellos minaban día a día mi aparente aplomo.



Debo reconocer que mi estado de ánimo era consecuencia, principalmente, de traumática y abrupta despedida con mi mujer arrancándome literalmente a nuestro hijo de mis brazos, en una escena grotesca en el portal de nuestro inmueble; le advertía desesperadamente que aquello no iba a resolver nada, que no podía ir con ellos y dejar la casa y nuestros asuntos inconclusos a merced del azar; yo insistía en que la huida en coche —a la vista de lo que estaba observando en la calle— no nos llevaría muy lejos y terminaríamos regresando. Aun así, su afán era alejarse lo antes posible de la ciudad y dirigirse, con o sin mí, al pueblo de sus padres donde suponía ingenuamente que iban a encontrarse a resguardo del desastre.

No conseguí ser suficientemente persuasivo, la escena en el portal devino en un forcejeo doloroso y ella estaba resuelta, definitivamente resuelta; cualquier argumento que yo esgrimiera, por contundente que fuera, la impulsaba a huir aún con mayor determinación.

Así pues, decidí serenarme para reducir la tensión y la acompañé al vehículo —estaba aparcado enfrente—, ayudándola con la bolsa de viaje e intentando que la despedida fuera lo más amable posible dadas las circunstancias, que comprendiera que se hacía necesario que alguien quedara en casa.

٠

La escena del supermercado debilitó aún más mi estado de ánimo e inconscientemente fui alejándome de aquel bullicio sórdido y deprimente hacia el "parque de los patos", como entrañablemente lo nombraba mi hijo.

¡Qué endeble es la condición humana!, con qué facilidad trocamos nuestros valores en función de la momentánea necesidad. En cierto modo es comprensible, el instinto de supervivencia es mucho más fuerte e imperioso que cualquier consideración ética o moral, a todas luces secundaria e intercambiable.

¿Se trataba realmente de la cruda expresión del instinto de supervivencia o de un ataque de locura colectiva?

Esta y otras consideraciones se entrelazaban con los pensamientos que días atrás, cuando todo esto empezó, me hacían perder el sueño influido por la deplorable degradación que experimentaba la situación internacional. A pesar de todo, me empeñé en no perder la esperanza de que en el último momento todo quedara en un forcejeo fatuo, en un brindis al sol

que no llegaría a desembocar en los hechos que ahora vivimos.

Sentí haber perdido ya toda esperanza de tener futuro, cualquiera que fuese; de poder ver amanecer el nuevo día y disfrutar de las pequeñas cosas que la vida me deparaba. En realidad, la paulatina pérdida de mi fe en la humanidad ha sido fruto de un largo proceso que dura ya unos cuantos años y que —a lo largo del tiempo— no ha hecho más que consolidarse a medida que maduraba, a medida que descubría la fragilidad, el inestable equilibrio en que se sustenta nuestra civilización.

No podía ser más oportuno en este momento el recuerdo que afloró en mi mente, de aquella afirmación que un día oí a alguien expresar, que "el afán era el mayor mal de la humanidad". Quedó grabada en mi inconsciente sin otorgarle mayor valor argumental, pero ¡qué razón tenía! Pasado el tiempo pude otorgar a la sentencia la importancia que requería. El afán de acaparar, no solo —ni necesariamente— bienes o riquezas sino "poder", el afán de dominar, de liderar, de notoriedad, de tantas cosas, en fin, que descompensa el equilibrio inestable de una sociedad avanzada, con sus defectos y virtudes, pero estructurada finalmente. Con qué facilidad, a lo largo de nuestra corta historia como especie bien diferenciada, ciertos individuos tóxicos e inestables, hastiados de la serenidad, disciplina y constancia exigibles para mantener el equilibrio social día a día, la aceptación y la consciencia del importante papel que cada uno de nosotros tiene en la sociedad para mantener vivas y estables unas costumbres bien consolidadas.

La constatación de la existencia de ese afán destructivo, corrosivo, que lleva a todas las culturas humanas al borde del desastre inexorable y recurrentemente, me llevó a sugerir hace tiempo a mi buen amigo, el genetista Alexei, en aquella inolvidable velada con nuestras respectivas esposas y una botella de buen vodka, la posibilidad de que la humanidad hubiera adquirido, durante su proceso evolutivo, un nucleótido tóxico en el genoma que descompensara y exacerbara el afán incontrolado. Un afán que en dosis moderadas pudiera resultar benéfico y sin embargo pernicioso en este caso hipotético. Estaba yo tan convencido y enorgullecido de mi conclusión retórica que la defendí vehementemente hasta el punto de exigirle que iniciara una línea de investigación para salvar a la humanidad de su pernicioso influjo, detectando dicho nucleótido autodestructivo y extirpándolo, a tiempo, de nuestro genoma.



A medida que iba adentrándome en el parque, sin gente, y el sordo bullicio de las calles adyacentes se atenuaba, el polvo del ambiente iba espesándose casi imperceptiblemente, pero me daba cuenta, era consciente de que esa niebla se cernía amenazante sobre nosotros como un presagio inexorable de nuestro inevitable y sórdido final.

Al llegar al estanque de los patos en el que mi hijo tantas veces se había detenido —ensimismado y atraído por la estela que en el agua iba extendiéndose en forma de delicadas ondas hasta la misma orilla, una estela que otrora los patos iban dibujando caprichosamente en delicada y disciplinada formación—

observé aterrado los cadáveres de los pobres animales flotando en una superficie plana, sin ondas, una lámina de frío acero.

Una reacción incontrolada hizo que girara bruscamente sobre mis pies para apartar de mi vista el desolador espectáculo y me impulsó hacia los confines del parque en melancólica búsqueda de los columpios, ese rincón tan familiar v amable, con el ilusorio afán de trasladarme temporalmente al último día que anduve por allí con mi hijo —no hace más de dos semanas— y oír, aunque solo fueran eso, los ecos lejanos de sus entrañables y alocadas risotadas mientras lo amenazaba, mediante gestos teatrales, con comérmelo cada vez que el impulso lo lanzaba adelante mientras se columpiaba. No pude llegar a recrear esa atmósfera en mi mente, pues justo cuando estaba a punto de agarrar la barra del columpio con toda la fuerza que mi anhelo imprimía a mi mano, una paloma cayó a plomo sobre mi hombro con tal intensidad que experimenté un cierto dolor, atenuado, desde luego, por la impresión que me produjo el repentino impacto. La paloma quedó en el suelo ante mí, exánime, en una escorzo macabro y antinatural, mientras un cálido y desagradable fluido se deslizaba por mi cuello desde el borde de la camisa.

Lo que inicialmente fue un suceso aislado adquirió tintes dramáticos. Las aves iban cayendo una a una, espaciadamente al principio, convirtiéndose finalmente en una espeluznante lluvia de cuerpos pesados y exánimes cuando ya iba llegando a las puertas del parque. Corrí, desesperadamente, no podía más, emprendí el regreso con firme determinación

mientras intentaba limpiar de mi cuello el vómito de la pobre ave; corrí sin detenerme, evitando fijar mi atención en nada que no fuera llegar a casa lo antes posible.

٠

Mis pensamientos se concentraron en la posibilidad de acudir al encuentro con los míos de la manera que fuera; me arrepentía mientras corría, de no haber ido con ellos, de no haber acompañado a mi esposa a pesar de que consideraba enloquecida su huida llevándose a nuestro hijo entre sus brazos.

Así pues, ya en casa, inconsciente de haber subido las tres plantas a toda velocidad y sin resuello, me arranqué literalmente la ropa — sucia de vómito—, me coloqué bajo el rociador de la ducha abriendo a toda potencia ambas llaves con la ingenua pretensión de mezclar el agua fría con una inexistente agua caliente. A pesar del frío contacto del agua, el efecto benéfico de ese ritual purificador sofocó mi ataque de ansiedad y me quedé ahí debajo, insensible al frío, sopesando la posibilidad de ir en busca de los míos, recorriendo mentalmente el trayecto que emprendieron.

Supuse tristemente que, al poco de intentar salir de la ciudad, se hubieran visto obligados a interrumpir su viaje a causa de cualquier incidente que inevitablemente habría de producirse a causa de la ansiedad irreflexiva de todos cuantos huían, algún choque múltiple o cualquier otra circunstancia que provocara un colapso del tráfico deteniendo abruptamente su huida. Aparté la idea de mi mente puesto que de haber sucedido lo que me temía, pronto ellos podrían estar de vuelta en casa,

por lo que, bajo ninguna circunstancia, yo debiera ausentarme.

٠

Decidí esperar paciente, serenamente, recuperando mi concentración en la lectura. Me entretuve en la biblioteca del cuarto de estar con los lomos de los libros que aún no había leído y me encontré con el que le regalé a mi esposa en su último cumpleaños: *Fahrenheit 451* de un exótico escritor americano —desconocido para mí— llamado Ray Bradbury y que me recomendaron vehementemente en la librería tras advertirles de que Nadia tenía cierta debilidad por la Ciencia Ficción.

Pasaron los días y perdí toda esperanza de volver a ver a mi familia. Mi ánimo se debilitaba de nuevo, además iba experimentando un deterioro manifiesto, una fea tos que iba en aumento y la ostensible pérdida de pelo fueron las señales definitivas. Ya no tenía fuerzas para salir a la calle, que por otro lado llevaba varios días desierta; apenas algún alma se atrevía a pasar bajo mi ventana de forma cada vez más esporádica y dejando un reguero de huellas en la capa de tres centímetros de polvo blanquecino que desdibujaba los contornos de los automóviles y los objetos de toda índole que habían ido siendo abandonados en la calle.

0

Cada día me asalta y perturba la idea de dar fin a mi existencia; ya no me interesa vivir. Un hombre embozado me dijo la última vez que salí a la calle que el desastre parecía ser global y que el mundo era un caos, también fuera de aquí.

En estos días tediosos y sombríos me entretengo recapitulando algunas vivencias y recuerdos. Uno de ellos y no sé muy bien por qué—¿qué más da?— es la pregunta que me hizo quien sería mi jefe, al ingresar con veintiún años —hace ya otros veinte— en el departamento municipal de Medio Ambiente (macabra ironía, lo que entonces fue casual e intrascendente hoy resultó ser premonitorio) al finalizar nuestra primera entrevista:

#### —¿A qué aspiras en la vida Iván Ilich?

No le respondí, agaché la cabeza y me sonrojé, pues se me pasó por la mente contestarle:

#### —A ser feliz, Señor.

No tuve agallas de ponerle en evidencia con esa pretenciosa respuesta a tan absurda pregunta. Qué orgulloso y soberbio me sentía entonces con mi recién adquirida solvencia intelectual.

Mi nombre es Iván Illich como ya dejé dicho antes; aún ahora me pregunto por qué "nana" eligió para mí este nombre tan significativo, este fatal personaje de Tolstoi que en mis circunstancias adquiere tintes irónicos, un mal augurio. La ironía se adueñó de mi vida y me acompañará hasta la muerte.



No tengo más que decir al respecto de lo sucedido, tampoco me apetece, estoy agotado y tan enfermo que hasta respirar resulta una hazaña. Realmente me ha supuesto un esfuerzo escribir esto y lo hice con la ilusión de prolongar en lo posible mi existencia; me resistía a dejar este mundo, a reconocer que mi vida ya no tenía sentido, que, sacando fuerzas de flaqueza, iniciando este relato de lo que estoy viviendo horrorizado, habría una remota posibilidad de redención. Acabo de ponerme el último pijama limpio que reservé para esta ocasión, me arreglaré y afeitaré para entrar limpio y aseado a la cama y de esta guisa espero emprender mi último viaje; es una cuestión de pundonor, abandonar el mundo es un acontecimiento definitivo, un acto final que -como todo buen actor anhela— hay que representar con dignidad para obtener el reconocimiento del público más exigente... ¿Dios quizá?

¿Y si Dios existiera? Esta pregunta que tímida y avergonzadamente —lo reconozco me estoy haciendo en este momento, me sobrecoge. Si vo mismo estuviera levendo esto hace unos pocos días pensaría que mi mente se nublaba, que estaba cayendo en la debilidad de aferrarme, de recurrir a la fe de la que me desprendí de jovencito y a la que consideraba una debilidad humana, una forma fácil de dar explicación a lo inexplicable, una renuncia a mi consolidado convencimiento de que la existencia de Dios es una pueril y primitiva manera de renunciar a la búsqueda del conocimiento a la profundización en la comprensión del universo y su pulsión magnífica y soberbia. "¿Qué pinta Dios en todo esto, amigo?", me preguntaría.

Sin embargo, debilitado por el efecto de una radiación devastadora, me enfrento al abismo de la mera y anodina desaparición, de no dejar huella de mi existencia. "Vivir es empezar a

morir", decían algunos. Es probable, desde una perspectiva racionalista, que esta perturbadora duda no sea más que un último acto de soberbia de alguien que se considera único, irrepetible y trascendente, y que afronta, no sin presentar batalla, la carga final de un ejército incontestable; una pataleta final ante mi encuentro con la muerte.

Si Dios existe entenderá los motivos por los cuales viví de espaldas a Él y será magnánimo conmigo, pues creo haber sido consecuente en mi vida aun habiendo estado equivocado, si así lo fuera. Sabría bien que no tengo nada contra Él, si acaso el reproche de no habérseme manifestado claramente.

Así sea.

#### Acerca del autor

Javier Alonso de la Iglesia (Madrid 1954) de formación cultural jesuítica, dedica los primeros años de su trayectoria profesional a la función pública. Siguiendo la inspiración de Rimbaud, la abandona tempranamente para intercambiarla por otra actividad más estimulante: el comercio de diamantes. Su reciente obra recoge pues las esencias de una vida de viajes por países de frontera: Méjico, la India, África, de las ansias y de los tedios que una vida continúa de aventuras necesariamente procura.

### Años 50

a manada de olivos en formación militar verdeaba el horizonte. A poniente, el vainilla de las mieses, ondeadas por un ligero noto del norte, espejeaba la llanura.

Los ronquidos y toses del viejo motor del camión hacían elevar el vuelo de algunas perdices achantadas en la vereda. El recto camino cortaba el paisaje como una sajadura de cirujano.

- Hilario, habría que echarle un ojo al motor, no sea que nos deje tirados.
- —El motor es viejo pero duro— contestó Hilario, mirando de soslayo el indicador de temperatura.

Las muchas horas que pasaban juntos en la cabina hacía que los silencios se llenaran de leves gestos, comprensibles solo para ellos.

La ajada gorrilla, publicitaria, de dril de Justo le sombreaba media cara, dándole apariencia de bandera bicolor.

 Cuando lleguemos a Malpartida, podríamos tomarnos un bocadillo en el figón del manco — dijo Justo.

- —Llegaremos pronto para almorzar y tarde para desayunar. Mejor tentamos la bota y los higos secos —respondió Hilario.
- —A mí lo de la bota, ya sabes, en cualquier momento.

A distancia, en la recta infinita, vislumbraron un bulto color pardo que, con la cercanía, se fue convirtiendo en un anciano de rostro apuñalado por los sablazos del sol, zurrón en bandolera, chaqueta de pana, pantalón de mono azul, alpargatas y una boina, casi nueva y bien encasquetada.

La mirada entre ellos fue suficiente para que Hilario parara el camión con chirrido incluido a la vera de la aparición.

- —Abuelo, ¿qué hace aquí solo y en medio de la carretera? —preguntó Justo por la ventanilla.
- —Voy a Malpartida y esperaba a ver si venía el autocar de línea.
- —Abuelo hoy por aquí no pasa ningún autocar de línea —y tras otra mirada cómplice con el Hilario, añadió—, nosotros pasamos por allí, si quiere le llevamos.

El anciano hizo un gesto hacia la boina mitad saludo mitad de agradecimiento y, ayudado por Justo, se instaló entre los dos sin crear problema de espacio dado lo enjuto de su cuerpo.

Para los camioneros resultaba una novedad poder charlar con alguien, a pesar de las advertencias de su jefe al respecto. Tras intercambiar algunas naderías sobre el tiempo, el anciano se soltó a hablar. Dijo que se llamaba Eusebio, que iba al hospital a ver a su mujer enferma, que le llevaba una hogaza de pan socavada y dentro una tortilla de patatas con pimientos fritos y unas brevas que había recogido en la vieja higuera del patio de su casa; que su mujer le había dicho que la comida del hospital no sabía a nada.

La charla continuó un rato y luego fue decayendo mientras el sol hacía reverberar el asfalto como una espada.

Hilario no quería entrar en Malpartida pues tenía malos recuerdos de la última vez, donde terminó en el cuartelillo tras un altercado en El Figón con unos gitanos.

Al llegar al cruce le indicaron al anciano que había llegado al final de su viaje. Vieron como con sus piernas algo arqueadas, pero todavía fuertes, se alejaba por las polvorientas callejuelas de los aledaños del pueblo rumiando sus pensamientos. ¿Le dejarán a la Saturnina comerse la tortilla en el hospital?

—Qué cara de viudo se le está poniendo a este hombre —soltó Justo. La chanza por lo que tenía de cruel no gustó a Hilario, que, con una contracción de sus pobladas cejas, mostró su desaprobación.

Retomaron la ruta y la rutina de su soledad compartida.

El paisaje solo rompía su monotonía cuando aparecían desperdigadas, a derecha e izquierda, algunas casuchas abandonadas de paredes leprosas y techumbres derrengadas; ese tipo de casas que al verlas uno se pregunta

si tuvieron alguna vez otro aspecto y si en el futuro alguien la salvará de su ruinoso destino.

Pasados algunos kilómetros divisaron a un peón caminero que, con un trapo rojo en la mano, hacía señales de arriba abajo en claro aviso de aminorar la marcha. En efecto, metros más allá estaban otros dos peones armados de pico y pala que intentaban restañar las heridas de la cuneta con grava y piedras menudas que sacaban de un capacho de esparto. A pocos metros, un muchacho de edad zangolotina se sentaba a horcajadas en un mojón de granito donde todavía se adivinaban unos números desvaídos; entre las piernas, un botijo.

Los operarios apenas levantaron la vista al paso renqueante del camión.

El muchacho siguió con la vista su trayectoria mientras pensaba que, si hubiera podido ir en el camión, tal vez podría haberse acercado a Torrecilla a dar unas patadas al balón en el terroso y pequeño campo de fútbol, y tal vez a pegar la hebra con alguna chica del pueblo. La verdad es que los goles soñados y las mozas también soñadas acaparaban casi todos sus pensamientos; ensimismado despertó abruptamente al grito de: ¡Niño, el agua!

Un rayo de sol atravesó la luna del parabrisas casi opalina por el polvo y los insectos y vino a incidir con la luz ambarina en el rostro de la joven dama del cartel de Unión de Explosivos Riotinto que llevaban en la trasera de la cabina.

Antes llevaban un calendario de talleres Benítez con una oronda rubia en traje de baño. El

jefe había dicho que no era decoroso y no daba buena imagen de la empresa.

Ellos siempre pensaron que para la buena imagen hubiera sido mejor tener un camión en condiciones. La dulce mirada de la dama del afiche contrastaba con su indumentaria de cazadora con sus cananas llenas de cartuchos, con la escopeta del doce en la mano derecha y el conejo muerto en la izquierda. Cuando el rostro se iluminó, casi de improviso, Justo pensó: "Esto debe ser la aparición de la virgen del conejo, claro siendo virgen tiene sentido el conejo muerto".

Sus pensamientos se interrumpieron cuando las luces acharoladas de los tricornios, como brillantes azabaches, les advirtieron de la probable y no por ello menos temida presencia. Con la Benemérita habían topado.

Con la mano alzada el cabo indicó que pararan. Se acercó a la puerta del conductor y en tono desabrido, dirigiéndose a Hilario, le dijo:

—A ver, los papeles.

Este los sacó de una carterita de hule y los depositó con celeridad en la mano tendida.

Los leyó el cabo, uno a uno, lenta, concienzudamente y se los devolvió a Hilario que, como su compañero, se mantenía en vilo durante la inspección. Cuando ya entraban en sosiego, el cabo lo interrumpió diciendo:

—Lleváis roto el piloto delantero derecho.

Hilario contestó:

- —Mi cabo, la luz funciona, solo está rota la carcasa.
  - —Déjate de monsergas —cortó el cabo.

Luego, dirigiéndose en voz baja al número que presenciaba impasible la escena, con la mano en la culata del naranjero, comentó: "Si les pongo la multa a estos pringaos, su jefe les va a hacer pagarla. Voy a dejarlo pasar". Sin embargo, con voz grave les conminó: "¡En el próximo taller lo reparáis!"

—A sus órdenes mi cabo— dijo Hilario que desde la mili conocía bien los símbolos de las graduaciones y los códigos del tratamiento. Le gustó al cabo la actitud humilde del camionero, destensó el gesto y con el movimiento de la mano indicó que podían continuar, no sin antes gritar: "¡En el próximo taller!".

Pasados unos minutos, Justo, volviéndose hacia el compañero le dijo:

- —Hilario, qué bien has manejado la cosa...
- Bueno, ya sabes, Justo, primero sumisión, después mano izquierda.

En el exterior ya se oía a grillos y chicharras entonando su metálico coro y rompiendo el silencio de los campos. La luz se hizo más espesa. Amainado el ligero viento, los trigales de poniente parecían, ahora, lagos de azufre. El final de la inmensa recta ya se adivinaba, al pie de unas lomas de tonos violáceos.

El sonido del agudo silbido y la cojera súbita del viejo Leyland no engañaban. Habían pinchado. — ¡Joder, otra vez! —exclamaron a la vez.

En cuanto se apearon, Hilario empezó a trastear con el gato extraído de la caja de herramientas. Justo, a la sombra del propio vehículo, tentó la bota en un par de empujones y despachó un par de higos secos; ofreció al compañero el exiguo refrigerio, que contestó:

—Ahora no, que hay que trabajar— en tono entre quejumbroso y contrariado.

Comenzó Justo a rumiar lo que les esperaba. Trajinar al sol cambiando la pesada rueda del Leyland. Continuar la marcha con la camisa empapada y pegada a la imitación de cuero del respaldo del asiento corrido. Reparar el piloto en el primer taller no fuera que los picoletos le pillaran a la vuelta. Aguantar las malas caras, por el retraso, de los obreros de la fábrica en la que tenían que descargar. Y todo con el estómago casi vacío. Deberían haber comido un bocadillo en el figón del manco.

Luchaba Hilario contra las tuercas de la llanta.

Suspiró Justo, miró al cielo encomendándose a Ben Barek, la perla negra, el jugador francomarroquí, el santo al que apelaba cuando las cosas se torcían. Volvió a suspirar y entre dientes dijo:

—¡Vaya día! ¡Si al menos el domingo el Atleti ganara en Elche!

#### Acerca del autor

Carlos Alfonso Montero Bandín, abogado de profesión, dedica ahora su tiempo a la composición plástica, a los estudios sobre la antigüedad griega y a cualquier actividad que requiera trabajar con las manos. En esta nueva dimensión explora la memoria social de nuestro país en los últimos cinco decenios.

# El agente provocador

Moscú, abril, 1936.

l regreso de Máximo Gorky a la URSS unos años atrás había sido aireado por el aparato soviético como un éxito internacional. Amigo personal de Lenin había abandonado la URSS cuando comenzaron las purgas a los escritores rusos tras la muerte de este último. Fijó su residencia en Venecia, donde resistió durante años a las engatusadoras peticiones de los agentes de Stalin por retornar a la Madre Rusia, pero como quiera que su pensamiento político casaba mal con el fascismo italiano sus plácidos paseos frente al Gran Canal tenían fecha de caducidad.

"¿Y para qué diablos he vuelto yo aquí?". Esa era la pregunta que todas las mañanas se hacía frente al espejo mientras se afeitaba la barba y se retocaba el bigote. "Hay que reconocer que la casa que me han dado es muy buena, pero es inaguantable que estén todos los días espiando y revolviendo en mis papeles; además, ¿me toman por idiota?, me llevan todo el día de un lado para otro enseñándome solamente las luces del régimen, ocultándome todas las sombras: el polvo, la fiebre, la sangre, la auténtica Rusia ...".

Bougine se había ganado una digna reputación dentro del NKVD, la policía secreta soviética, como agente provocador. No experimentaba ningún remordimiento por ejercer de discípulo de Judas, todo lo contrario: "Mis colegas torturan a los detenidos para conseguir una confesión, lo mío es más digno e indoloro, yo solamente me introduzco en las vidas de las personas sospechosas, tomo el té, les invito a tabaco, me gano su confianza, discuto con ellas y las incito a hablar. Así, sin necesidad de causarles ningún tormento se puede descubrir quién es afecto a la revolución y quién conspira contra ella".

Sus éxitos en el pasado habían llevado a que se le nombrase secretario personal de Gorky, con la actual misión de descubrir la razón por la que el nominado cinco veces al Nobel de Literatura se resistía a escribir una biografía sobre Stalin. ¿Discrepaba de su política? El mutismo del escritor era inquietante.

٠

Bougine dejó sobre la mesa del elegante comedor de estilo art-decó de Gorky una docena de pesados cartapacios.

—Estos son los mejores textos que han sido seleccionados por el comité. En dos semanas vienen los escritores franceses que van a participar con usted en el tribunal. No he de recordar que este premio de la Unión de Escritores Soviéticos ha de fallarse a favor de una obra excelsa, pues está prevista su inmediata traducción al francés, al inglés y al alemán para su publicación en Occidente.

Gorky dejó escapar un sonoro gruñido antes de responder en tono desganado.

- —Habrá que leerlos, pues. ¿Algo interesante a priori?
- —Interesante... puede..., mire le he seleccionado tres, pero son textos peligrosos.

Sin abandonar su desgana, Gorky prosiguió de forma cínica:

- —No hay textos peligrosos, hay textos bien escritos y textos mal escritos. En eso se resume la literatura.
- —En ese caso dejo que usted sea quién dictamine.

Bougine extrajo del conjunto tres carpetas que puso en las manos del poeta. La trampa avanzaba tal y como él tenía previsto.

Rompiendo el más elemental protocolo, Gorky dejó escapar un bostezo digno de un oso.

- —Seguro que usted ya se los ha leído, resúmamelos pues, veamos por qué son peligrosos.
- —Verá, el primero trata sobre el juicio a Danton y... es difícil no querer ver un paralelismo, en fin, ya sabe usted... con Trotsky... —Si el agente esperaba recibir en respuesta algún comentario, se equivocaba, pues todo lo que obtuvo de Máximo fue un segundo bostezo acompañado de estiramientos.

Se vio forzado a proseguir:

—El segundo libro es peor, trata del triunvirato entre Marco Antonio, Lépido y Octavio, y por el enfoque que se da al trabajo y dados los tiempos en que vivimos... podría verse un símil con el fallido triunvirato de Kamenev, Zinóviev y el propio Stalin.

Gorky le interrumpió para pedir a gritos a su criada que sirviese el café.

—¿Y quién según usted se acostó con Cleopatra, el gordo de Zinóviev o el anciano de Kamenev? Eso contando con que en Rusia quede alguna Cleopatra. ¿Viene ese café o no? Perdone amigo, es que esta mañana no acabo de despertarme. ¿Y el tercero?

—¡Ah! ¡Ese es el peor! ¡Volvemos a la Revolución Francesa! Es un texto muy bien escrito, conforme, pero trata la muerte de Marat. Ahora, tras el asesinato de pobre Kirov...

Se refería al reciente crimen cometido contra el secretario general de la sección del Partido Comunista de Leningrado, origen o excusa de la última purga.

—Es muy peligroso hablar de nada que pueda relacionarse con esto. Vivimos tiempos duros donde la política se mezcla con todo a veces de forma asfixiante. ¿No cree?

Ese era el momento. Ahora el maestro tendría que dar su punto de vista sobre la realidad soviética y ciertamente Gorky llevaba un buen tiempo buscando la compañía de alguna persona fiel con la que poder sincerarse. ¿Sería Bougine la persona que decía ser? —Usted fue represaliado, ¿verdad? Hábleme de su exilio mientras tomamos café. ¿Dónde le enviaron? ¿Fue duro eso?

Más tarde o temprano iba a salir la pregunta, así que Bougine traía preparada de antemano la respuesta:

—Sí, en verdad fue duro, me exiliaron a Oremburgo, junto al río Ural. Muchos kazajos, pocos rusos con los que conversar, nada que hacer, mucha suciedad y mucha hambre. En eso se resume todo.

Con una mueca Gorky introdujo sus ya gruesos dedos en el cenicero para extraer las colillas de los cigarrillos que Bougine había ido estrujando durante toda la reunión.

—Ya sabrá usted que por oficio soy muy observador y, si hay algo que se repite en todos los antiguos convictos con los que he conversado, es la manía obsesiva que tienen por economizar y por no malgastar nada, reacciones involuntarias a las penurias sufridas. ¡Mire!

Y abriendo la palma mostró las cinco colillas dejadas por Bougine.

—Ningún expresidiario hubiese dejado un cigarrillo a medio terminar antes de encender otro como usted ha hecho hasta cinco veces. Hubiesen fumado cada cigarrillo hasta casi quemarse las yemas de los dedos.

### Acerca del autor

D. José Vicente Rubio Eire (Madrid, 1972) es doctor en derecho y licenciado en restauración de obras de arte. Fuera del mundo académico ha publicado hasta la actualidad dos novelas, "El Tratado de Madrid" (Editorial Caligrama, Madrid, 2020) y "Más oscuro que el negro" (Editorial Ágora, Tres Cantos, Madrid, 2021). Sus conocimientos de la Historia hacen que todos sus relatos trasladen al lector a la "intrahistoria" de momentos claves en el devenir de los tiempos.

# Mujer fatal

Y todo vuelve a su ritmo Y el camino vuelve para atrás O no... quizás será un guía Que reta y ve si soy capaz.

Mi mundo vuelve colorido Aunque el esfuerzo es bestial. Se acercan miles de peregrinos Que añoran ver a una mujer fatal.

Como quisiera ya parar Por un momento escuchar el viento Saber en silencio disfrutar Y no perder el aliento.

## Miro al deseo

Deseo a este hombre y me niego Todo mi cuerpo le entrego Pero mi alma tiene miedo De recibir el mismo fuego.

Si le hubiera conocido Un poco antes de morir Daría el corazón, mi vida Y no tendría que sufrir.

## **Detente un momento**

Detente un momento y respira Que tantas cosas dejas escapar Los miedos y fantasmas día a día No te permiten avanzar.

Tú eres más de lo que crees de ti mismo Tú eres todo lo que tienes sin dudar Las cosas que un día obtuviste Desaparecen si las sabes descuidar.

Detente un momento y respira ¡Sé tú, que vales mucho, cree en ti! ¡Sorprende al mundo entero con tu giro! ¡Y quiérete sin miedo porque sí!

## Acerca del autor

Iryna Oliinychenko (Chernihiv, Ucrania, 1984), *coach* experta en comportamientos y liderazgo, centra su labor entre el emprendimiento y la ayuda a sus compatriotas en el exilio. En su currículum literario consta ya una primera publicación sobre su poemario.

# El moco y la estufa

**EL MOCO** 

lego a la calle Mardones. Hace un frío bastante intenso que se nota mucha en moto (mi medio de locomoción), por lo que llego un poco aterido. Me tomo un café en el típico bar de la esquina (ese que nunca falta en Madrid, a Dios gracias) y me dirijo a la empresa.

Se trata de una empresa pequeña, pero próspera, a la que llevo sus asuntos judiciales desde hace varios años. Como sucede, casi siempre en este tipo de empresas pequeñas, mi contacto es su director general, sujeto ciertamente curioso. El señor Mijangos es ingeniero de caminos, fundador y máximo accionista de la empresa, y es, además, abogado; de manera que hay que tener bastante cuidado con las opiniones que se emiten sobre los asuntos jurídicos que plantea, ya que, normalmente, suele tener una idea preconcebida sobre los mismos.

Por ende, es un sujeto bastante inteligente que ejerce de pequeño dictador en su empresa (para eso es suya), y al que sus empleados profesan un más que notorio servilismo, acompañado de un no menos notorio temor, toda vez que sus broncas son espectaculares, y la

mayoría de las veces, arbitrarias. Vamos, que es el jefe, el dueño, el amo, para entendernos; y ejerce como tal de un modo bastante trasnochado, como si la empresa se hubiera quedado petrificada en los años sesenta-setenta pasados. Pero funciona bastante bien, gana dinero, y se ha hecho millonario con ella.

Se trata de un sujeto bajito, gordito sin llegar a grueso; su única parte prominente es una panza bastante importante. Tiene, sin embargo, una gran cabeza, de romano clásico: Pelo gris huidizo, pero conservado y normalmente alborotado; gran frente despejada, unos ojos no muy grandes, pero sumamente vivaces, grandes orejas, boca fina y nariz aguileña, sin llegar a ser excesiva. Me recuerda las representaciones de emperadores romanos en sus monedas o estatuas. Si no está contrariado, llega a ser hasta simpático; goza de una facundia espectacular, para bien (cuando está de buen humor), o para mal (cuando está irritado, contrariado o nervioso). Espero que cuando me reciba estemos en el primero de tales casos.

Su rasgo fundamental de carácter es el de un despiste mayúsculo para las cuestiones accesorias o de mero trámite de la vida; él está en sus cosas, abstraído y se puede olvidar de un billete cuando va de viaje, y hasta de la maleta; y de las llaves de su coche, ni hablamos; pero ese despiste no funciona en cuestiones esenciales, de modo que, cuando está despachando un asunto, se concentra con todos sus sentidos.

Su tilde personal es bastante desaliñado; si bien en su condición de adinerado porta unos trajes excelentes. Su gran abdomen le crea problemas; se le salía la camisa por encima de un cinturón siempre situado por debajo de su gran tripa; para evitarlo, abrochaba el último ojal de la camisa con un botón de la bragueta. La maniobra hubiera sido perfecta si no fuera porque Mijangos, en su despiste, se dejaba la bragueta abierta con mucha frecuencia; y como al sentarse su prominente panza presionaba cinturón, camisa y bragueta, el resultado final es que el pico último o faldón de su camisa asomaba triunfante por la bragueta. El efecto suele ser cómico: no solo es que se exhiba con la bragueta bajada (algo que en alguna ocasión le ha pasado a todo hombre), sino que de la misma emergía el pico de la camisa; con lo cual, el efecto es demoledor, por extraño y sugerente.

La empresa en cuestión ocupa el bajo y el primero-derecha de la finca. El tal Mijangos tiene su despacho en el bajo, al que accedo andando. Me abre su secretaria, a la que conocía de mis múltiples comparecencias en la empresa; la saludo y le digo que tenía una cita con el gran jefe. Me indica que está reunido en su despacho con los señores Ramírez y le digo que, entonces, esperaría. Iba a sentarme en la entrada cuando la secretaria me responde que, de todos modos, le iba a anunciar mi presencia.

Los señores Ramírez eran dos hermanos, empleados de la empresa desde hacía bastante tiempo, maduritos ambos, y no tengo muy claro cuál era exactamente su función; algo de la administración, supongo. Si me consta que participaban de ese servilismo citado al señor Mijangos, al que profesaban la

descrita forma de entre respeto y temor que caracterizaban sus relaciones.

La secretaria me dice que puedo pasar, que está terminando con los Ramírez; así que paso al despacho. Después de las salutaciones de rigor me siento al lado de sus empleados, enfrente de Mijangos, teniendo de por medio su gran mesa de despacho, absolutamente atestada de papeles. Mijangos es una de esas personas ordenadas de un modo perfectamente desorganizado: en esa gran masa documental de su inmensa mesa, siempre encontraba lo que buscaba, después, naturalmente, de la consiguiente búsqueda.

Una vez sentado, observo que a Mijangos le cuelga algo del agujero derecho de su nariz. Como estaba hablando con los Ramírez puedo observarlo con más detenimiento sin incurrir en falta de educación. Se trataba de un moco enorme, con un cuerpo que parecía endurecido y que colgaba de la típica vela típica de los niños mocosos que la sostenía. Lo pasmoso era que tal artilugio natural no se quebrara o cayera, sino que se mantuviera colgante y se balanceara ostensiblemente con los gestos de Mijangos; y no menos pasmoso era que este no lo viera, que no se percatara del espectáculo. Pensaba, sumamente interesado y empezando a estar divertido, ¿cómo es posible que no se dé cuenta del colgajo que tiene?; tiene que verlo forzosamente por su tamaño, tiene que notarlo cuando se mueve. Mientras, el moco se balanceaba como un péndulo, de un lado a otro, impertérrito y como ufano de su evidente presencia. Solo faltaba que, como en un chiste de Forges, extendiera dos dedos señalando su presencia v victoria.

Tuve que hacer un ejercicio de autodominio para no estallar en una carcajada y poner mi mejor cara de circunstancias y seriedad. Me dediqué a observar a los Ramírez que seguían hablando con Mijangos como si tal cosa y con aparente naturalidad. Los miraba y me observaban de soslayo, indicándome que sabían por qué los miraba. Era como si trataran de decirme: que si, que sí; que lo vemos; que no somos ciegos; pero a ver quién es el guapo que se lo dice... Evidentemente no se atrevían a hacerlo y optaban por guardar el tipo y simular que no le veían. Es obvio que la situación era sumamente chusca, ante la cual tuve que hacer un nuevo ejercicio de dominio para no reírme, pues empezaba a troncharme por dentro.

De repente llaman a la puerta y entra el señor Menéndez. Este sujeto, al que también conocía, era una especie de trasunto actualizado del Quijote: de unos cincuenta y cinco años, no muy alto, aunque lo parecía por su extrema delgadez, con una cara igualmente enjuta y alargada. Era una especie de segundo de a bordo de Mijangos, y era el culmen del servilismo hacia el mismo, hasta el punto de que interiormente le llamaba el bisagra porque tal servilismo traspasaba los términos de una sumisión psicológica y se instalaba incluso en lo físico: frecuentemente le hacía reverencias a Mijangos, hasta el punto de que me recordaba a José Luis López Vázquez en no sé qué película: un servidor, un siervo, un esclavo.

Entra y pide perdón por la interrupción e intromisión, hace una pequeña reverencia, se acerca y plantea una pregunta que Mijangos contesta de inmediato. Es palmario que

observa el enorme moco y hasta tiene una pequeña vacilación que el gran jefe interpreta como si quisiera preguntarle algo más y le interroga en tal sentido. Nos mira a los tres presentes sentados que también le miramos, comprendiendo su disyuntiva: ¿se lo digo o no se lo digo? Como observa nuestro silencio y circunspección, opta por una retirada honrosa, dejándonos el moco a nuestro cargo, no sin antes interesarse si Mijangos ordenaba alguna cosa más y activar su bisagra corporal para reverenciarle.

Y volvemos a la misma situación más intensificada: Mijangos con su perorata, los Ramírez contestándole muy serios, yo callado, y el moco exultante balanceándose como Pinito del Oro en su trapecio, sin caerse, y dándome la impresión de estar hasta crecido y arrogante. Tal situación duró unos diez minutos que me parecieron eternos porque tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no reírme, ya que el enorme moco seguía moviéndose a cada gesto de Mijangos y milagrosamente sin caerse. Finalmente se fueron los Ramírez, sin decir nada sobre el moco y largándome ambos una mirada en la que claramente decían: ahí te quedas con el moco; te lo dejamos, ¡es tuyo!

Cuando salen ambos, Mijangos se levanta como un resorte y se dirige a una librería que, situada a su izquierda, tenía un compartimento que contenía una pequeña nevera con cubitos de hielo. Se provee de un vaso y de la correspondiente botella y se sirve un güisqui del que era bebedor habitual, no sin dejar de ofrecerme otro. Lo rechazo, pues, aunque también me gusta tal licor, no me apetecía en absoluto a las doce de la mañana.

Pensaba que con tal trajín el dicho moco se caería, pero ¡qué va!, ahí seguía incólume, y aunque con los movimientos del pesado cuerpo de Mijangos se balanceaba más, el maldito no caía. De hecho, se vuelve a sentar en su butaca de la mesa con su güisqui y su moco; y lo que es más incomprensible: aunque da un primer y prolongado trago del vaso del licor, el moco allí seguía victorioso e incólume, tan campante. Puede resultar increíble, pero juro que es lo que pasó.

Llegados a este punto, con el moco colgando, al parecer indiferente a todo y con un Mijangos que seguía sin enterarse, le digo muy finamente: *Tienes algo colgando de la nariz*. Ante ello reacciona: ¿Cómo? ¿qué? ¿colgando?, lo localiza y supongo que visualiza y profiere un aliviado ¡Ah, un moco¡, a la par que le pega un manotazo y el colgajo del acromegálico moco y su vela salen disparados hacia algún lugar de la mesa. Obviamente Mijangos da por concluido con ello el episodio del moco que tan ocupados nos tuvo durante más de media hora, pues, previo sorbo alcohólico, empieza a ilustrarme sobre el motivo de mi visita.

Al rato de hablar sobre el tema jurídico, como otra media hora, ya sin moco (al menos eso creía yo), me tiene que mostrar un documento en relación con lo tratado. Para ello empieza a rebuscar en su mesa atestada de papeles; y en tal tarea estaba cuando profiere alarmado: ¿Qué es esto? Encima de un papel se mostraba el moco en todo su esplendor: allí, ya sin balanceos, parecía más grande y destacaba más en la blancura de una hoja, solo en parte escrita. Le respondo: Es el moco; ante lo cual, exhala un aliviado (me dio la sensación

de que había creído que podía tratarse de algún tipo de bicho), ¡Ah, el moco!, tras lo cual le da otro manotazo y sale despedido hacia algún otro lugar ignoto de su mesa (me fijé que no cayó al suelo).

Ignoro la suerte que corrió el moco (si quedó allí aparcado para siempre, arropado de una montaña de papeles, momificándose entre algún documento, o alguien encargado de la limpieza se ocupó de él), pues al hilo de esa búsqueda documental relativa al asunto jurídico en cuestión, se hizo necesario ir a ver al director administrativo, señor Ávila, a su despacho, de modo que nos trasladamos allí; por mi parte, con un cierto alivio por dejar al moco a su destino, pero no sin cierta nostalgia por el rato que me había hecho pasar. Ignoraba que Mijangos estaba en vena y que su espectáculo no había terminado.

#### LA ESTUFA

l señor Ávila era el director administrativo de la empresa y llevaba en la misma unos dos años. Era unos veinte años más joven que los anteriores (treinta y tantos), y esa diferencia de edad se notaba en sus relaciones con Mijangos: mostraba el respeto normal debido a un superior, pero carecía del servilismo de los empleados citados, por lo que era capaz de discutirle cosas, siempre dentro de unos términos respetuosos.

Tenía su despacho en el piso superior que también ocupaba la empresa y a él nos dirigimos. Era un despacho mucho más pequeño que el de Mijangos, con una mesa de trabajo colocada frontalmente a la puerta de entrada, alargado aunque no muy angosto, lleno de

estanterías detrás de la mesa y a su izquierda, repletas de expedientes y papeles, en donde el tal Ávila archivaba la documentación propia de su quehacer; a su derecha había una ventana que daba a un patio interior; debajo de la misma, una estufa eléctrica, bastante antigua, de esas que tienen una especie de media circunferencia metálica y brillante, y en su centro una como alcachofa con filamentos que era lo que calentaba. El día, bastante frío, explicaba su presencia. Enfrente de su mesa había dos sillas en las que nos sentamos Mijangos y yo, él en la de la izquierda, derecha de la mesa, y yo en la otra.

Nada más sentamos, Mijangos empezó a recabar documentación a Ávila atinente a nuestra cuestión jurídica. Llevábamos como unos diez minutos con tal actividad cuando empecé a notar una especie de tufo bastante desagradable que, poco a poco se fue incrementando; y de inmediato Mijangos dijo: ¡Perdone que se lo diga, Ávila, pero en su despacho huele fatal! El caso es que lo que empezó siendo un olorcillo se iba convirtiendo en un olor fuerte, insoportable, y muy penetrante, que se iba convirtiendo en algo bastante insufrible.

Ávila saltó como un resorte: ¿Cómo me dice usted eso, señor Mijangos?, exclamándolo en tono dolido y ofendido. La verdad es que Ávila era un hombre bastante atildado, siempre de chaqueta o traje y corbata, que vestía con corrección, sin llegar a ser elegante, y que no tenía ninguna pinta de oler mal; pero ante lo indiscutible del mal olor que se iba expandiendo por su despacho, cada vez más intenso, añadió: esta casa es vieja y debe tratarse de una

cañería; una fuga o algo así; en cuanto pueda hablaré con el portero.

Mijangos, a su vez, plegó velas: *Bueno, bueno, haga lo que quiera; pero desde luego aquí hay un olor insoportable*. A pesar del olor siguió interesando documentos para nuestro asunto. El olor era cada vez peor, más fuerte y más intenso, cuando Mijangos, a la vez que pegaba un gran salto levantándose de su silla, y exclamó: ¡Dios mío! ¿Qué me pasa? A la par lanzaba una especie de aullido quejumbroso, bastante vehemente.

Cuando se puso de pie vimos que de la pernera izquierda del pantalón salía una auténtica humareda, y que se advertía un enorme agujero en la misma, cuyos bordes centelleaban echando chispas. ¡El misterio estaba resuelto! Mijangos, inadvertidamente, había colocado su pierna izquierda al lado de la estufa, posiblemente buscando su calor, de modo que su magnífico pantalón de cheviot se estaba quemando. En su proverbial despiste no se había percatado de ello, a pesar del olor que procuraba la combustión de la lana, hasta que la quemadura afectó directamente a su pierna; por lo que, ante la consiguiente quemadura, saltando como un resorte.

El espectáculo subsiguiente es de imaginar: Mijangos trataba de apagar su pantalón con la mano, dando fuertes palmadas a los bordes del agujero; yo, también levantado, la verdad es que no sabía muy bien que hacer; Ávila, había acudido presto, aunque tampoco parecía saber que hacer exactamente, y aunque trataba de interesarse mostrando su disposición a Mijangos, este le apartaba con su otra mano, a la par que daba saltitos para no quemarse.

Ante los aullidos de Mijangos, y el trajín subsiguiente, habían aparecido, extrañados y alarmados, unos dos o tres empleados que estaban en la planta, que contemplaban estupefactos el espectáculo desde la puerta, sin determinarse a intervenir. Finalmente, a alguien se le ocurrió venir con una toalla empapada en agua con la que se pudo sofocar el incendio del pantalón.

El espectáculo era dantesco: por una parte, Mijangos, con un enorme agujero en la pernera de su magnífico pantalón, ahora, además, empapado en agua, por el que asomaba la canilla de su pierna izquierda y parte de un calcetín, igualmente chamuscado; por otra parte, el despacho diseminado de papeles que habían volado con el alboroto, algunos de ellos, pisoteados; y, finalmente, los empleados, dudando entre reír o compungirse ante el hecho.

La cosa acabó cuando Mijangos se sentó resoplando y mandó a los empleados que se fueran y siguieran trabajando. En ese momento, Ávila aprovechó para decir: *Convendrá usted señor Romero, que en mi despacho no huele mal*. La mirada que le lanzó Mijangos (nada amistosa) le hizo callarse y bajar la cabeza. El gran jefe añadió: *Olvidemos el incidente; Vd. Ávila, recoja los papeles y prepáremelos, según lo hablado; tú* (dirigiéndose a mí) *espera mi llamada, voy a mi casa a cambiarme*.

Tras ello, cogí mi cartera y fui pensando que Mijangos había tenido un día espectacular (nunca mejor dicho) y que se superaba a sí mismo. No volví a saber nada del moco, pues nunca volvimos a hablar de él, ni de su incidente con la estufa.

#### Acerca del autor

Luis García-Orea Álvarez, Madrid 1948, jurista y filósofo, ha dedicado su carrera intelectual a profundizar en el mundo socrático y a divulgar su conocimiento. Si alguien quisiera visitarle en su retiro mallorquín, y le pidiese que desempolvase su querida guitarra, allí encontraría viejos tañidos gauchos, ecos nostálgicos de la inmensidad.

# ÍNDICE

José Vicente Rubio Eire	
PRÓLOGO	5
Sara Montero Anneren	
Ser I-A	9
Javier Alonso de la Iglesia	
Desolación	15
Carlos Alfonso Montero Bandín	
Años 50	27
José Vicente Rubio Eire	
El agente provocador35	
Iryna Oliinycheko	
Poemario	41
Luis García- Orea Álvarez	
El moco y la estufa	45

El Movi Miento está configurado como una corriente abierta a la participación de nuestros lectores. Una información más concreta sobre la posibilidad de realizar una colaboración puede encontrarse en nuestra página web <a href="https://www.elmovimiento.es">www.elmovimiento.es</a>

ISBN: 978—84—09—52456—3

Depósito legal: M—24165—2023

Ejemplar sin valor comercial

El Movi Miento se constituye, se crea y se desarrolla como una acumulación de proyectos literarios individuales.

No existe un patrón artístico, ni mucho menos ideológico común a todos los miembros, ni este se pretende.

La única confluencia se encuentra en el amor por las bellas historias, la bien construida o deconstruida prosa, y la búsqueda en todo momento de la voz propia de cada autor, hermosa siempre en su elaborada singularidad.

Los creadores que aquí participan se reconocen siempre por la alegría de saber compartir una interesante conversación en una mesa bien servida.

Madrid, a 32 de octubre de 2023